



Acercamientos de Juan Marinello a la poesía de Agustín Acosta

Analysis on Agustín Acosta's poetry by Juan Marinello

Armando Núñez Chiong *¹  

¹ Instituto Superior de Diseño. La Habana, Cuba

*Corresponding autor

Recibido: 22/03/2024

Aceptado: 19/07/2024

Resumen

Investigación que compara dos etapas importantes en la trayectoria ideológica y estética de Juan Marinello, a partir de sus valoraciones sobre la obra de Agustín Acosta. Parte de una premisa esencial no estudiada, aún, suficientemente: la ensayística literaria marinelleana se mueve entre dos momentos tan diferentes como definitorios de su poética: el immanentismo de la poesía pura, y la impronta marxista, con su énfasis en la función social de la literatura. Estas zonas se evidencian en el análisis diacrónico de su quehacer sobre el proceso lírico nacional, desde sus primeras reseñas hasta Veinticinco años de poesía cubana. Derrotero provisional (1937), —estudio que organiza y explica la lírica cubana del siglo XX hasta el momento en que aparece—, que constituye su último aporte significativo a ese género, pues en adelante, apremiado por otros temas e intereses —estos últimos, por lo general, políticos—, solo en ocasiones volverá sobre poetas cubanos.

Palabras clave: Marxismo; immanentismo; funciones de la literatura; poesía pura; poesía cubana

Abstract

This research has compared two relevant stages in the ideological and aesthetic trajectory of Juan Marinello, based on his analysis of Agustín Acosta's poetry. Marinello's literary essay starts from an essential premise, not sufficiently studied and moves between two as different as defining moments of his poetics: the immanentism of pure poetry, and the Marxist imprint, with its emphasis on the social function of literature. These areas look evident in the diachronic analysis of his work on the national lyrical process, from his first reviews to Veinticinco años de poesía cubana. Derrotero provisional (1937), —a study that organizes and explains the Cuban lyric of the 20th century until the moment in which it appears— and constitutes Marinello's last significant contribution to that genre, where other themes and interests —generally political—, our author would occasionally return to Cuban poets.

Keywords: Marxism; immanentism; social function of literature; pure poetry; Cuban poetry



Acercamientos de Juan Marinello a la poesía de Agustín Acosta

Hablar de «acercamiento(s)» en el título de un trabajo cuyo objetivo es examinar cómo valoró Juan Marinello, en diferentes momentos, la lírica del poeta matancero Agustín Acosta, alude a una premisa insoslayable para emprender las reflexiones aquí propuestas: la ensayística marinelleana se mueve entre dos momentos tan diferentes como definitorios de su poética: el inmanentismo de la poesía pura, y la impronta marxista, con su énfasis en la función social de la literatura. Son ideas defendidas por el autor de estas líneas en investigaciones publicadas con anterioridad (Núñez, 2005; Núñez, 2012), pues la presente propuesta se inserta en un proyecto que abarca la obra reflexiva de Marinello relacionada con su importante contribución crítica a la historiografía de la poesía cubana.

Se trata de una labor poco conocida y solo parcialmente estudiada, aunque Marinello mantiene un proceso sostenido, coherente, desde sus primeras reseñas hasta que aparecen en la revista *Bohemia* las reflexiones de «Veinticinco años de poesía cubana. Notas polémicas para un ensayo» (1934), que luego serán «Veinticinco años... Derrotero provisional», en *Literatura Hispanoamericana, Hombres. Meditaciones* (Marinello, 1989), estudio que, a pesar de su importancia, en tanto organiza y explica la lírica cubana del siglo xx desde sus inicios hasta el momento en que aparece, debió esperar hasta 1989 para volver a las prensas, y aun así le faltó entonces el análisis que lo ubicase con rigor en el complejo universo marinelleano.

Es necesario proponer además una periodización real, objetiva, de los presupuestos teóricos de Marinello. La mayor parte de los acercamientos a la génesis literaria de este pensador han estudiado —e incluso editado— su obra de manera imprecisa y/o dando como un hecho que ya desde *De Avance* sus postulados eran marxistas. Durante años, solo hubo una excepción, el prólogo escrito por Roberto Fernández Retamar a *Dieciocho Ensayos Martianos* (Marinello, 1980), que, si bien no se propuso delimitar épocas, sí reconoció la zona «pura» de la estética marinelleana.

Más cercana en el tiempo está la rectificación que realizó Norma Quintana en el segmento incluido sobre el autor en la *Historia de la Literatura Cubana* del Instituto de Literatura y Lingüística (Quintana, 2003), aunque esta investigadora no realiza su análisis desde la perspectiva historiográfica que propone el presente proyecto, ni con los mismos límites y objetivos.



Igualmente, —y aun cuando sea imposible en este espacio agotar el estado del arte—, resulta obligado mencionar la esclarecedora labor que al respecto ha realizado Alina López Hernández, que en *El (des)conocido Juan Marinello...* (2014), estudia «el pensamiento político de Juan Marinello en el período comprendido desde 1918 hasta mediados del treinta, es decir, durante los años en que se produce su evolución hacia el marxismo». (López, 2014, p. 15). En páginas más extensas y concluyentes sobre el tema que ahora ocupa, habría que referirse más de una vez a esta autora.

A los efectos del presente trabajo, un estudio diacrónico para analizar la génesis de sus presupuestos teóricos, debe extenderse de 1923 a 1937, porque es precisamente «Veinticinco años...» el ensayo que define a Marinello como un pensador marxista.

Muy conocida es la complejidad del panorama político y cultural al que debe enfrentarse Juan Marinello cuando en 1923 regresa de cursar estudios en Madrid, donde había sido becado como «alumno eminente» por la Universidad de la Habana. Pronto el joven abogado se incorpora a la vorágine que comienza a convulsionar la Isla durante lo que él mismo llamó la «década crítica». Ese mismo año participa, junto a Rubén Martínez Villena y otros intelectuales en la Protesta de los Trece, punto de partida del Grupo Minorista, que a partir de entonces representaría una actitud diferente, rebelde, en la joven intelectualidad cubana.

Desde esa fecha, y hasta la desintegración del Grupo, la actividad pública de Marinello estará muy vinculada al minorismo. Ciertamente que, como afirma Ana Cairo en *El Grupo Minorista y su tiempo* (1978) «Es necesario distinguir entre “media común” ideológica del minorismo ..., expresada en sus actos colectivos, declaraciones, manifiestos, etcétera: y la ideología individual de cada minorista, la cual puede divergir en un momento dado de las posiciones asumidas y de las ideas sustentadas por el Grupo» (Cairo, 1978, p. 20).

Debe añadirse que hay casos como el de Rubén Martínez Villena, cuya radicalización política es más rápida que la de sus compañeros; pero tratándose de nuestro hombre debe afirmarse que, al menos en sus aristas esenciales —y manifiestas— su ideología no va mucho más allá, por ese tiempo, de esa «media común» minorista.

Es sabido que el grupo se estructura a partir de la Protesta de los Trece. Luego vendrán: Falange de Acción Cubana (abril de 1923); la participación de algunos minoristas —Marinello entre ellos— en el frustrado Movimiento de Veteranos y Patriotas (agosto de 1923-mayo de 1924); colaboraciones regulares en *Social* (1916-1933; 1935- [1938]), *Carteles* (1919-1960) y *Cuba Contemporánea* (1913-1927), sin olvidar los famosos «almuerzos sabáticos». Empero, hasta 1927 no existió un documento que de forma oficial definiera sus objetivos. No es cosa de reproducir aquí, por supuesto, la conocida «Declaración». Basta sintetizarla a través de sus líneas políticas fundamentales: nacionalismo, latinoamericanismo y antimperialismo, que eran conocidas ya, eso sí, por artículos o conferencias individuales de los miembros del Grupo.



Disímiles, y a veces hasta contradictorias, son las influencias que reciben los minoristas, si bien luego irán esfumándose, polarizándose o disolviéndose en el proceso de maduración intelectual de cada uno de los integrantes. De manera general, las figuras que más directamente intervienen en su cultura ideológica son: José Ingenieros, José Vasconcelos, Manuel Sanguily, Enrique José Varona y José Martí. Este último, sobre todo, acentúa en los minoristas su radical antimperialismo y la visión genuinamente latinoamericanista que fueron banderas del grupo desde sus inicios. Además, y en no menor medida, tienen el legado literario martiano, cuyo estudio corresponderá precisamente a los hombres de esta generación emprender en su vasta y real magnitud.

Entre los pensadores europeos, habría que mencionar a José Ortega y Gasset, quien constituyó, de cierta forma, el tamiz a través del cual los minoristas comenzaron a asomarse al panorama cultural europeo. Está por ser investigado *in extenso* hasta qué punto la ingente labor intelectual que el ensayista madrileño desarrolló desde España —sobre todo mediante la *Revista Occidente* (1923)— dejó huellas y marcó actitudes estéticas en los minoristas, aunque, desde luego, no solo fue suya la influencia.

En general, y aunque las causas que los aglutinan e inquietan no son ni siquiera parecidas, el Grupo Minorista tiene con la Generación del 98 más de un punto de identificación; sobre todo uno: a los minoristas «les duele» Cuba, como a los noventayochistas España. Hay en ambos una muy crítica mirada al entorno social y al pasado, que ya no será pintoresca y acatada tradición, sino fuente para explorar esencias y encauzar actitudes futuras que permitan evadir el desfiladero a que sienten abocada su realidad.

Si toca a Ortega ejercer por estas tierras una sólida y dilatada influencia es porque, además de que está más cerca generacionalmente de los nuestros, él intenta resolver cuestiones filosóficas y sobre todo prácticas que están más cerca de las inquietudes de los minoristas. Eugenio D'Ors también los deslumbró, y su firma fue frecuente en la *Revista de Avance*, pero por las características de su obra la influencia fue menor, pues en realidad no llegó a desarrollar un sistema ideológico más o menos coherente, como sí lo logró el autor de *La deshumanización del arte* (1926). Y el otro gran pensador español de la generación, Miguel de Unamuno, terminó debatiéndose en una serie de cuestiones (existenciales, sobre todo) que no se correspondían con las urgencias ideológicas que en el ámbito social tenían los minoristas.

Una lectura de los primeros textos marinelleanos permite afirmar que el joven abogado ha ido dándose a conocer desde Santa Clara a través de la revista *Renacimiento* (¿1916-1917?), aunque existe algún que otro trabajo suyo en otras publicaciones periódicas. Por esta época colabora con pequeños artículos periodísticos, pero, sobre todo, con poemas. Es a estos últimos que debe el notable puesto que a partir de 1923 comienza a ocupar, ya perteneciendo al minorismo, en la vida pública cubana. A eso y tal vez a la inusual —por frecuente— participación en actividades sociales, cuando no eminentemente políticas.



Ya se han mencionado algunas de ellas, más parece ser que Marinello se destaca junto a Villena, entre los minoristas, por su entrega a la vida cívica. Comprobarlo es fácil si se lee «Los minoristas sabáticos escuchan al gran Titta» (1924), donde Jorge Mañach presenta a algunos de los intelectuales del grupo al público lector cubano. Compárese la caracterización que hace el cronista de Marinello y Villena con respecto a las del resto de sus compañeros:

Van llegando. Este es Mariano Brull, el poeta de *La casa del silencio* —urbano, abstracto, estético—. Con él, Félix Lizaso, bello espíritu desconocido por lo pacato y doméstico, que trae un libro y una carta de José María Chacón y Calvo (una carta tan larga que hay que portarla bajo el brazo). José Antonio Fernández de Castro asoma luego su sonrisa-hilacha de *flaneur* cuyo vivir es un largo encogimiento de hombros espiritual. Enseguida, José Manuel Acosta, el dibujante, hermano de su ilustre hermano el de «Hermanita» y, empero, ilustre él también, aunque hace chistes horriblos. Pausa. Llega Tallet del Presidio (Tallet trabaja en el Presidio): guedeja roja, mosca roja, rojo bigotuelo —un lasquetete tudesco que hace versos latinos. Juan Marinello [sic] Vidaurreta viene, siempre tarde, de su bufete o de algún conciliábulo patriótico; pero en el bolsillo traerá invariablemente una poesía sencilla y queda que lo redime. Rubén Martínez Villena, también super solicitado por la Patria, es menos asiduo. (Mañach, 1924, p. 23)

O sea, en 1924 Marinello es un joven poeta que muestra particular inclinación a tomar parte activa en el intenso movimiento político que comienza a estremecer el país, y a partir de ese año multiplica sus colaboraciones en las más importantes publicaciones periódicas de entonces. Son importantes estos aspectos porque, como se sabe, no mucho tiempo después abandona la poesía, en tanto género, para dedicarse al ensayo y la oratoria. Se ha dicho que el fenómeno está determinado porque pertenece a una generación «que queda encerrada entre dos modos de hacer». Pero el autor negará, en sus años maduros, esta afirmación, pues para él «está claro que la razón esencial es la de responder a un tiempo de urgencia militante a la que no podían [los poetas de su generación] sustraerse por su afinada sensibilidad». (Marinello, 1979, p. 28)

Lo interesante es que desde 1925 Marinello intuye que el verso dejará de ser su forma de expresión, como lo demuestra el siguiente segmento de una carta dirigida precisamente a Agustín Acosta: «Comprenderás bien claro el terror que me posee de que la esterilidad [poética] esté cerca ... Quizá sea mejor, ya que entonces, libre de ansiedades inútiles, pueda ser, definitivamente un señor normal, de los que le hacen mucha falta a esta República, excesiva de lirismos infecundos ...» (Suárez, 2004, p. 58).



Era Acosta en ese momento la figura más reconocida en el panorama lírico de la Isla, y así sería durante un buen tiempo. Para la fecha se desempeñaba como notario público, y ejercía en Jagüey Grande. También fue hombre de inquietudes políticas. Estuvo vinculado al Grupo Minorista. En 1928 se incorporó a la Asociación Unión Nacionalista, devenida luego Partido Unión Nacionalista, desde cuyas filas se enfrentó a la dictadura de Gerardo Machado, que lo encarceló.

Tenía relaciones cordiales con Marinello. En la carta donde este último le confiesa su «terror», le agradece el envío de un ejemplar de *La zafra* y el poema «Orilla», escrito por Acosta a propósito de *Liberación*, libro sobre el cual había anotado ya que «... acusa una personalidad que se esboza tímidamente, con esa timidez del sol en las primeras horas de la mañana ... que rasga el obstáculo formidable de las nubes, lentamente, sin vacilación, sin desaliento, sin cobardía alguna» (Suárez, 2004, p.68). Finalmente, «Orilla» precedió a los versos marinelleanos en la edición definitiva del libro.

Acosta había ganado entre 1913 y 1915 los Juegos florales de La Habana y Santiago de Cuba; tenía publicados los poemarios *Ala* (1915) y *Hermanita* (1923), muy estimados por lo más avisado de la crítica contemporánea. Dos de los textos iniciales de Marinello que más interesantes resultan para acercarse a su evolución como crítico, son reseñas dedicadas al poeta Agustín Acosta, pues permiten comparar sus criterios de ese momento con los que expone años después sobre este poeta.

El primer comentario, fechado en 1925, se titula «Introducción a *Selección de lecturas de Agustín Acosta*», y comienza afirmando que el autor reseñado es «nuestro más alto valor poético», pues en su obra: «... se manifestaba una fuerte individualidad lírica, proyectada en bien distintos aspectos: desde el soneto, modernísimo en su forma y en su sentido, todo sutileza y dilecta sugestión, hasta el poema de alto empeño, pleno de logrados alardes verbales y de honda significación ideológica» (Marinello, 1989, p. 277)

Además, explica que en Acosta hay «una más amplia y poderosa visión lírica, que produjo con las sorprendentes innovaciones características formales de Boti y de Poveda, una novedad fuerte y admirable en la médula misma de los asuntos abordados» (Marinello, 1989, p. 277). Es interesante la idea, en primer lugar, porque reconocer a Regino E. Boti y José Manuel Poveda, junto a Acosta, como los poetas que reinician una poesía de calidad en Cuba, es ya un paso de avance con respecto a la crítica anterior a la generación de Marinello, la cual, es sabido, no reaccionó siempre bien con los dos orientales.

El juicio indica cambios en la sensibilidad de una parte del ambiente literario cubano. Pero además evidencia cómo debe ser, en opinión del crítico, la nueva poesía: originalidad en la forma y «honda significación ideológica», de manera que el resultado resulte novedoso en «la médula misma de los asuntos abordados».



Es lógica, entonces, la preferencia por Acosta, que temáticamente muestra un más amplio diapasón, a veces muy ajeno a cierta insistencia parnasiana de Boti y Poveda, en este sentido más cerca del modernismo. La diversidad —y a la postre, la visión más larga— en la poesía del matancero, que lo mismo asume un tema y un estilo propio del más ajeno modernismo, que se dedica al poema de contenido patriótico, o se enfrasca en meditaciones filosóficas expresadas casi siempre con una sencillez lírica que no pocas veces roza el prosaísmo y hasta anuncia cierta «ironía sentimental», es la que lleva al crítico a preferirlo.

Resulta que en este 1925, y todavía durante unos años, el autor de *Ala* es el que más influencia estará ejerciendo en la promoción que le sucede. Además, es importante aclarar que el criterio no es exclusivo de Marinello. Si vamos, por ejemplo, a *La poesía moderna en Cuba* (1926), la importante antología de Félix Lizaso (1891-1967) y José Antonio Fernández de Castro (1897-1951), encontraremos idéntica opinión, fundamentada, por cierto, con la misma cita de Marinello aquí utilizada. Es más, en la antología aparece más explícito el porqué de la preferencia, pues los editores aclaran que «la obra de Acosta hizo eco inmediatamente en los nuevos poetas del momento. Casi todos los que vienen después le deberán alguna cosa» (Lizaso y Fernández de Castro, 1926, p. 230). Así lo reconocen, igualmente, Rubén Martínez Villena (que llama a Acosta «hermano mayor») y Alberto Lamar en sendos trabajos publicados durante la época (Martínez, 1978, p. 247) (Lamar, 1922, p. 122); y no por gusto Julio Antonio Mella le dedica a *La zafra*, el conocido artículo *Un poema de combate* (1926) en que ofrece una orientación ideológica del autor. (Mella, 1975, p. 493)

Es justamente a este último poema que Marinello dedica la segunda de sus reseñas. Aquí, comienza por reconocer el valor que como denuncia tiene el texto, y enumera sus méritos literarios. Hasta lamenta que en el poema no aparezca «indicada una vía salvadora para la situación» recreada. Pero en seguida sorprende con este largo párrafo, que evidencia cómo es la poesía preconizada por el crítico en ese momento, y cuál debe ser su función:

El Acosta de *La zafra* será, sin duda, el más comprendido y por ende, el más popular. Su último libro —si ello es posible— se hallará ya en muchas manos. Nosotros, seguiremos prefiriendo al Acosta de *Ala*. Mejor, al Acosta que hoy volviera sobre las rutas de *Ala*, con algo de la hondura de sus últimos poemas inéditos. Preferencia que descansa en el concepto que tenemos de lo que debe ser el sentido de la poesía actual y de la más alta poesía. El preocupado de problemas colectivos ha de resentirse, fatalmente, de elementos antiestéticos y de énfasis oratorio. (Marinello, 1989, p. 279)



Es obvio que para el crítico la poesía puede tener una función utilitaria como en el caso que lo ocupa, pero nunca será de esa forma y para decirlo con sus propias palabras, «la más alta poesía». El énfasis del poeta debe centrarse en la perfección formal, y el contenido abordado se referirá a cuestiones que, para tener verdadera «hondura», no pueden establecer contacto alguno con la realidad. Que lo entiendan o no, que el mensaje llegue a la mayoría, es cuestión secundaria. Lo importante es el logro estético.

Si se recuerda ahora que esos criterios pertenecen al mismo joven que de 1923 a esta fecha ha venido destacándose por su participación en actividades sociales, podría hablarse de una contradicción entre el crítico y el hombre. Sin embargo, no es así. Sencillamente Marinello es, por el momento, un pensador de izquierda cuyas concepciones sobre la función de la poesía tienden a minimizar sus funciones sociales. Y aclaro «de la poesía» porque solo un año después publicará su primer ensayo, «Juventud y vejez» (1928), que demuestra cómo para él la ensayística sí puede estar prendida a la realidad social.

Todos estos criterios confluyen en el «Prólogo» que escribe Marinello en 1928 para la *Poesía* de José Martí, (Marinello, 1928), trabajo que tal vez no se le haya reconocido lo suficiente al autor, si se tiene en cuenta que nunca antes se había reunido en un volumen la obra lírica —entonces— completa del Apóstol. No permite el tema de estas líneas detenerse en esas reflexiones, pero es ineludible mencionar al menos su interés histórico-genético (es imprescindible para seguir los avatares de la estética purista en Cuba, y para reconstruir una historiografía crítica sobre la poesía de Martí) y la significación que tienen para entender el proceso ideológico del autor, dado que allí revela la influencia que en él están ejerciendo los puristas franceses, Paul Valéry el primero, cuyas ideas en torno al nuevo concepto de la poesía provocaron el célebre debate que se produjo en Francia entre 1925 y 1926, en el que participaron teóricos y estudiosos como Henri Brémond y Jules de Gaultier. Los ecos de la polémica deben haber llegado a Cuba, en lo fundamental, a través de la *Revista de Occidente*, que en 1926 publicó el trabajo «La poesía pura. Información de un debate literario», de Fernando Vela.

Por cierto, esa «asepsia» propuesta por Marinello para la lírica es fácil constatarla si se vuelve a los poemas de *Liberación* (1927). ¿Dónde expresa en su poemario alguna preocupación que no sea de índole (íntimamente) humana, existencial, filosófica? Todo indica que para él existe una dicotomía arte-política o, en este caso, poesía-política, que lo conduce a un criterio reduccionista, acerca de la función del hecho literario. Lo anterior no fue idea ajena a otros minoristas, por cierto.



La más importante publicación vanguardista cubana fue la *Revista de Avance* (1927-1930). Todos sus integrantes estaban vinculados al minorismo. Juan Marinello, Jorge Mañach, Alejo Carpentier, Martín Casanovas y Francisco Ichaso conforman el primer cuadro editorial, pero inmediatamente Carpentier abandona la revista, y su puesto es ocupado por José Zacarías Tallet. Poco después Casanovas debe abandonar el país por razones políticas, y es sustituido por Félix Lizaso. Cuando en 1928 Tallet se separa quedan como editores, hasta la desaparición de la revista, Marinello, Mañach, Ichaso y Lizaso.

La publicación tenía como objetivo fundamental llevar a cabo una intensa labor divulgativa de las nuevas tendencias artísticas y filosóficas del siglo, para contribuir al desarrollo de una cultura verdaderamente nacional, como se afirma en su primer número en la cual se afirmaba que los minoristas trabajaban:

Por la revisión de los valores falsos y gastados.

Por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones.

Por la introducción y vulgarización en Cuba de las últimas doctrinas, teorías y prácticas artísticas y científicas. (Cairo, 1978, p. 117)

Pero también dejaron claro los editores desde el principio su interés por mantener la revista al margen de diligencias políticas, pues pretendían una publicación exclusivamente cultural. Así lo declaraban en las primeras notas editoriales, e incluso en un extenso artículo que, en 1928, es precisamente Marinello el encargado de redactar, *Arte y política*.

Como indica su nombre, el texto tiene como fin explicar los vínculos que según el autor y el resto de los editores existen entre el arte y la política, campos «limítrofes, pero deslindados». Así, plantea que existe a su vez un deslinde entre la actividad política del intelectual y la propiamente artística. No niega el compromiso político del literato, pero piensa que esas inquietudes no deben trascender a su arte. De ahí que llegue a plantear más adelante: «La más acendrada poesía, aquella en que el poder mediumnístico del poeta vuela más desembarazadamente, ha de estar, por su misma naturaleza, alejada de preocupación inmediata», si bien reconoce que «Quien, con todo esto, sienta de *modo artístico* la preocupación social, debe darse a ella por entero» (Marinello, 1989, p. 13).



Pero a él —a ellos— lo que le interesa es la poesía concebida como vehículo de realización estética, en vías de un perfeccionamiento constante, pues piensa que «existe un 'campo de experimentación' en arte, ajeno a lo que no sea el arte mismo y aun la técnica artística». En definitiva, y como llega a decir, «el arte por el arte», que es lo mismo que una literatura ajena a las funciones sociales. Y en cuanto a la revista, opina que:

tendría razón de ser una publicación de *arte puro*, siempre que sus editores cumplieren, en otros sectores, no adheridos ficticiamente a un mismo credo, sino inseparables de su propia visión de los problemas políticos, el deber humano. Con ello ganaría, sin duda, la política y el arte. Porque la actividad artística, en muy considerable parte, no puede afectar carácter prosélito, sin que esto signifique dar a esa labor apolítica rango prócer. Solamente rango propio. (Marinello, 1989, p. 12)

Se trata de la misma dicotomía cultura-política observada en el Marinello que firmaba los artículos sobre Agustín Acosta, solo que en esta ocasión ha sido mucho más claro en cuanto a explicar la falta de correspondencia entre sus criterios sobre el arte y la forma de proyectarse en la vida pública cubana. El arte puede contribuir al bienestar social, pero de una forma indirecta, que tiene su fundamentación en este otro argumento:

Y sin embargo 1928 quiere creer que algún beneficio presta a esa sociedad, que también quisiera más humana y más justa. Sólo que va por otros caminos y que obedece, además, a una simple división de actividades que, diversos, pero muy poderosos elementos, determinan. Quien niegue que toda labor de seria cultura —seria en su propósito y en su anhelo, al menos— no trae como fatal secuela, a la postre, hondas mutaciones sociales, está cegado o quiere estarlo. (Marinello, 1989, p. 12)

Criterio que evidencia huellas del evolucionismo positivista que venía influyendo desde el siglo anterior en muchos pensadores latinoamericanos, pero que también es de innegable filiación orteguiana. Y que para Marinello irá quedando atrás en la medida que las lecturas, influencias de amigos y líderes cercanos (Mella, Villena) y el contexto político de la Isla le van trazando una nueva ruta y corrigiendo sus puntos de vista, como se verá más adelante. Recuérdese, por ejemplo, que su último trabajo en *De Avance* aborda con admiración al marxista peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930), sin llegar a mostrar todavía plena identificación con sus ideas.



Con esos antecedentes llega a 1930. Es un año difícil para el país. Y para Marinello, que sufre prisión por primera vez, por participar en la histórica manifestación del 30 de septiembre contra el machadato. En adelante, el escritor despliega una intensa actividad contra el régimen, aunque no por ello dejará de prestar atención a la literatura cubana de su momento, como se demuestra en *Americanismo y cubanismo literarios* (1932) y *Poética. Ensayos en entusiasmo* (1933), este último, uno de los poquísimos libros orgánicos de acercamiento a nuestra vanguardia, surgido al calor de ella.

Poética... permite seguir la trayectoria de los fundamentos estéticos del autor. En «Verbo y alusión» e «Inicial angélica» es todavía el crítico apegado a la poesía pura, que se va despidiendo de lo estrictamente circunstancial a esa tendencia para realizar meditaciones más trascendentes en torno a lo esencial lírico, y deja entrever, de paso, que existe una crisis provocada por su posición política de un lado, y su estética elitista, del otro. Crisis que lo pone en tensión cuando se acerca a «Pulso y onda», en un ensayo que evidencia lo que él considera una contradicción, al aceptar una poesía que, por vinculada a las urgencias de la hora, lo aleja de sus iniciales criterios. Y crisis que a fin de cuentas se resuelve a favor de la lírica social en «Poesía negra. Apuntes desde Guillén y Ballagas», lo cual lleva implícito, es natural, un replanteo sobre el hermetismo que alguna vez proclamó.

Resulta entonces que *Poética...* tiene un carácter transicional en la obra del autor, pues entre el primero y el último de sus ensayos hay un distanciamiento definitivo en el itinerario estético de Juan Marinello, que ha ido conciliando principios teóricos y convicciones políticas, con lo cual deja el camino listo para las reflexiones que, ya desde un punto de vista marxista, desplegará poco después en «Veinticinco años de poesía cubana. Derrotero provisional».

Pero antes de llegar a ese último título es preciso recordar que, en el entierro de Rubén Martínez Villena, el 16 de enero de 1934, el para entonces reconocido poeta, crítico y ensayista Juan Marinello, declara públicamente por primera vez la radicalización de su filiación política; de alguna manera estaba, seguramente sin proponérselo, prefigurando la trayectoria que en adelante tomaría su producción literaria, que subordinaría —a veces para bien, otras no tanto— a su ideario político. Decía entonces, refiriéndose al autor de *La pupila insomne*:

Dieciocho años con los corazones juntos, es mucho en la vida humana. Alguna vez nos separó el modo de ver lo político. Ahora, al dejarme, todo lo veíamos con la misma pupila. Es que sobre los dos gravitaron prejuicio de clase y de formación. Él, heroico, los sacudió en un salto que todavía dura. Era lo propio de los espíritus impares como fue su espíritu. Ahora que estábamos soldados, se me va. (Marinello, 1973, p. 112)



Poco después le confiesa al escritor y diplomático guatemalteco Luis Cardoza y Aragón (1901-1992):

Sí, anduve en México demasiado «huyuyo» que decimos por aquí. (...) Por otra, explicables e inexplicables complicaciones. Y una angustia profunda porque eran días de cambio de frente en mi vida. Ahora, ya parece que el cambio se produjo y marchó con menos angustia. Aunque a veces... Pero ya no es hora de hablar de ciertas cosas. Estoy, ya debes saberlo, metido a comunista, y disfruto, por ello, de la más cabal desafección de mis antiguos cofrades, ... (Marinello, 1977, p. 81)

Muy intensa será en lo adelante la actividad política de Marinello, y en condiciones más difíciles. En 1934 funda la revista *Masas* (1934-1935), órgano de la Liga Antimperialista de Cuba, cuyo primer congreso, además, preside; y al siguiente año asume la dirección de *La Palabra*. Desde ambas publicaciones enfrenta a los gobiernos que van sucediéndose bajo la égida de Fulgencio Batista, por lo que vuelve a sufrir prisión por seis meses, en el Castillo del Príncipe, junto a sus compañeros de *Masas*. Allí lo sorprende la huelga de marzo de 1935, y con la represión desatada tras el fracaso, de nuevo parte hacia México, a donde arriba en 1936.

Un año después aparece en la capital azteca *Literatura Hispanoamericana. Hombres. Meditaciones*. Es significativo que Marinello solo incluyera en este libro dos trabajos publicados antes de 1933: «El amauta José Carlos Mariátegui» (1930) y «Americanismo y cubanismo literarios» (1932). Sin dudas, el escritor elige de su producción anterior aquellos trabajos cuyas ideas, sin ser precisamente marxistas, no se contradicen con las tesis esenciales (y la ideología) del resto de los ensayos, que sí son posteriores al 33, y habían aparecido en diferentes publicaciones periódicas. Es decir, hay un evidente criterio selectivo por parte del autor. Estilístico, en primer lugar, porque tanto «El amauta...» como «Americanismo...» tienen coherencia expresiva con los ensayos escritos entre 1934 y 1937. Pero, y, en segundo lugar, también son coherentes desde el punto de vista estético-ideológico.

Es lógico, por razones cronológicas, que casi en los inicios mismos el ensayista entra con una valoración contextualizada de las tres figuras que inician el renacimiento de la poesía cubana en el período republicano: Agustín Acosta, Regino E. Boti y José Manuel Poveda. Si unos años atrás, Marinello había llamado a Acosta «nuestro más alto valor poético», para esta fecha, piensa que el matancero:



... es, como hombre y como poeta, una personalidad profundamente representativa de su tiempo de tránsito. Su vida aparece pendiendo de dos momentos cubanos, a los que es igualmente vecino y extranjero: el final de la etapa mambisa y el comienzo del período antimperialista. Su poesía vive el retraso de su medio, y por tanto su tragedia ... es el poeta de la ilusión republicano-democrática ("Musa patria, esto no fue lo que predicó Martí..."). (Marinello, 1989, p. 357)

Recuérdese que después de la caída de Machado, Acosta había sido gobernador provisional de [Matanzas](#), por un año. Luego ocupó la secretaría de la presidencia durante el mandato de Carlos Mendieta, y estuvo al frente del [Partido Unión Nacionalista](#) entre 1936 y 1937. Perteneció al Senado de la República entre 1936 y 1944. Es decir, fue un político activo en las filas del liberalismo, no un poeta distanciado de la vida cívica, y desde una postura ideológica muy ajena a la que defendía Juan Marinello.

No debería deducirse que por ello el crítico desconoce los méritos del escritor. El solo hecho de vincular aún el nombre de Acosta al de Poveda y Boti, demuestra que Marinello sigue reconociendo lo que aquel representó en su momento. Lo que sí resulta evidente es que se ha producido un distanciamiento entre crítico y creador, que no tiene que haber sido necesariamente personal, y sí responde a una valoración sociológica de los contenidos poéticos, e incluso a interpretaciones desiguales de la historia.

Es muy probable que haya, en el juicio que a continuación se cita, reminiscencias de la crítica, ya mencionada, que realizara Julio Antonio Mella a *La zafra*, que más allá de Marinello seguiría incidiendo por mucho tiempo en las valoraciones que hiciera una parte significativa de la izquierda sobre el poeta matancero:

Acosta es un hijo de nuestro irónico destino; es el cantor de un gran fracaso: el del empeño liberador e igualatorio de nuestras guerras contra España, y el negador, por su obra y por su vida, de las futuras liberaciones. Como posee poder lírico y obedece los criterios que le formaron la adultez poética, su voz quedará como una contraseña de forzada inactualidad, como un voto en contra del mañana. Lamentable cosa, porque en vivir un poco en lo que vendrá reside la mejor virtud de los poetas; por algo un día se les llamó adivinos. (Marinello, 1989, p. 357)



En consecuencia, ahora afirma que, al compararlos con el autor de *Ala*, los otros dos «mantienen más definidamente su visión de revolucionarios líricos.» Y, aun así, dice que Poveda «nos deja siempre la impresión de que se está ejercitando para una obra a la altura de sus dotes». (Marinello, 1989, p. 358). Y considera que a Boti «Su limitación le viene, un poco como la de Acosta, de su tiempo sin definiciones centrales, pero mucho más de su noble y sabia curiosidad ... Es ... un aristócrata insatisfecho mirando hacia el mundo desde la orilla del Guaso». (Marinello, 1989, pp. 358-359)

Es decir, Marinello no opone a la postura formalista compartida por él años atrás un contenidismo a ultranza (tiene en cuenta el «poder lírico» de Acosta, y le reconoce su «adulterio poética») sino que aborda el hecho literario atendiendo tanto a los requerimientos estéticos como a los de índole ideológica (en el más amplio sentido de la expresión). La literatura posee sus propios principios, vías y procedimientos, que emanan de su naturaleza artística y a cuya eficacia debe atenderse cuando se le valora. El ensayista no lo olvidaba.

Pero, además, el estudio de su obra evidencia que Marinello no obvió nunca, —ni tratándose de los creadores que le resultaban en cualquier sentido más cercanos (y vaya si siempre tuvo nuestro ensayista poetas cercanos, de todo signo ideológico)— el señalamiento de lo que considerara una limitación, o un desacierto. Nunca rehusó la sinceridad crítica, por polémica que pudiera ser. Vale la pena recordar que desde *Poética...* el ensayista había sido capaz de establecer distancia crítica con su propia obra, y le señalaba a su propia *Liberación* límites que no habían mencionado ninguno de quienes se le habían acercado en el momento de su aparición.

Se ha dicho antes aquí que con «Veinticinco años de poesía cubana...» se lleva a cabo por primera vez el estudio diacrónico de un género literario cubano desde una posición marxista, lo cual se manifiesta, por ejemplo, en el método histórico genético utilizado, que no conduce al ensayista —como tantas veces ocurrirá después con otros autores— al sociologismo vulgar. Marinello estudia la literatura vinculada estrechamente a las regularidades históricas, e insiste en aquellos aspectos ideológicos, biográficos, psicológicos... que le parecen más relevantes, pero teniendo como criterio rector el significado de los creadores en la evolución literaria. De ahí que siempre se encuentren, junto a factores contextuales, rasgos artísticos de cada escritor, y la valoración final según estos últimos. Hay tras la crítica marinelleana, entonces, una teoría ajena a cualquier tipo de reduccionismo, por cuanto atiende a la naturaleza social del hecho literario tanto como a la específicamente estética.



En cuanto a lo relacionado con Agustín Acosta, es preciso subrayar, también a modo de conclusión, que algo hay de paradójico en la recepción que hace el ensayista de su obra. Cuando el autor de *La zafra* entregó lo que hasta su momento fue el mejor y más comprometido exponente de poesía social cubana en el siglo XX, aquel prefirió, con una posición elitista, una obra concentrada en el intimismo y la perfección formal. Y cuando en 1936, con *Los camellos distantes* —probablemente su libro de mayor equilibrio conceptual y plenitud lírica—, el gran matancero logró lo que desde 1925 el crítico le estaba requiriendo, ya quedaba fuera del radio de acción que a sí mismo se había trazado Marinello, que ahora propugnaba una literatura comprometida con las urgencias de su tiempo.

Referencias bibliográficas

Cairo, A. (1978). *El Grupo Minorista y su tiempo*. Editorial Ciencias Sociales.

Lamar Schweyer, A. (1922). Al margen de mis contemporáneos. En *Las rutas paralelas*. Imprenta El Fíguro.

Lizaso, F. y Fernández de Castro, J.A. (1926). *La poesía moderna en Cuba (1882-1925)*. Librería y Casa Editorial. Hernando (S. A).

López Hernández, A. (2014). *El (des)conocido Juan Marinello. Estudio de su pensamiento político*. Ediciones Matanzas.

Mañach, J. (febrero, 1924). Los minoristas sabáticos escuchan al gran Titta. En *Revista Social*.

Marinello, J. (1928) (pról., pp. III- XLIV). *Poesías de José Martí*. Colección de Libros Cubanos, (Vol. XV). Cultural S. A.

Marinello, J. (1933). *Poética. Ensayos en entusiasmo*. Espasa Calpe. S.A.

Marinello, J. (noviembre-diciembre 1973). Murió Martínez Villena. [Versión de las palabras dichas por Marinello en el entierro de Martínez Villena, 16 de enero de 1934]. En *Revista Casa de las Américas*, Año XIV (81), p. 112.

Marinello, J. (enero-febrero 1977). Carta a Luis Cardoza y Aragón, 1934. En *Revista Casa de las Américas*, Año XVI (100), p. 81.



- Marinello, J. (1979). La palabra para alimentar la hoguera. En *Recopilación de textos sobre Juan Marinello*, (pról. Trinidad Pérez). Serie Valoración Múltiple. Casa de las Américas, pp. 25-90.
- Marinello, J. (Fernández Retamar, R. pról.) (1980). *Dieciocho Ensayos Martianos*. Editora Política.
- Marinello, J. (1989). *Cuba: Cultura. Obras. Juan Marinello*. Letras Cubanas.
- Martínez Villena, R. (1978). Hermanita, de Agustín Acosta. En *Poesía y prosa* (T. I, pp. 247-250). Letras Cubanas.
- Mella, J. A. (1975). Un comentario a *La zafra*, de Agustín Acosta. En *Documentos y artículos*. (pp. 493-495). Editorial Ciencias Sociales.
- Núñez Chiong. A. (enero-junio, 2005). Juan Marinello, crítico de poesía cubana. *Revista Bimestre Cubana*, *xcvii* (22), 167-186.
- Núñez Chiong. A. (2012). Juan Marinello: crítica e historia. *Revista Bimestre Cubana*. 111(36).
- Quintana, N. (2003). Juan Marinello: crítico y ensayista. En Instituto de Literatura y Lingüística, *Historia de la literatura cubana*. (t. II, pp.750-767). Letras Cubanas.
- Suárez, A. (2004) (sel., pról. y notas). *Cada tiempo trae una faena... Selección de correspondencia de Juan Marinello Vidaurreta 1923-1940*. Volumen I. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana/Editorial José Martí.

Conflicto de interés

Los autores no declaran conflicto de interés

